

CLASE Y CÁBALA¹

La Guerra Civil Inglesa es un objeto problemático en la historia del país, su resolución republicana fue enmendada por la investidura de Carlos II para ser posteriormente recuperada. Naturalmente, la opinión académica sobre el conflicto ha cambiado considerablemente de acuerdo con tendencias más amplias. En 1965, Lawrence Stone pudo introducir un curso sobre autores como Tawney, Hill y Trevor-Roper, con la observación de que incluso «historiadores y políticos con una fuerte mentalidad antimarxista» han llegado a aceptar «que debe haber una relación directa entre la estructura social y las instituciones políticas», la primera tendiendo a dictar la segunda. Quizá Stone exageraba; ciertamente ese consenso no prosperó. Desde finales de los años setenta hasta principios de los noventa, un revisionismo liberal o inclinado a la derecha desmanteló la vieja interpretación social, sustituyendo los factores a largo plazo por los resultados tangenciales de contiendas religiosas y nacionalistas. Más de una década después, lo que queda es un cuerpo fragmentado y caótico. La última recopilación, *The English Civil War. Conflict and Contexts* (2009), editada por John Adamson del Peterhouse College de Cambridge, incluye una variedad de temas: el faccionalismo realista, el Nuevo Ejército Modelo, la cultura impresa, y la aparición de la esfera pública. Adamson lamenta que la falta de espacio le impidiera incluir un apartado sobre «las dimensiones económicas y sociales» del conflicto. Hacerlo ya no es algo *de rigueur*.

Adamson, en su momento colaborador del difunto decano del revisionismo Conrad Russell, se ha embarcado en la producción de la más exhaustiva narrativa política sobre la Guerra Civil desde *History* de Gardiner, hace más de un siglo. *The Noble Revolt* es la primera entrega de la serie. Empieza con la perentoria disolución por Carlos I del Parlamento Corto en mayo de 1640, a través de las tirantes relaciones con su más longevo sucesor, hasta su huida de Londres en enero de 1642, nueve meses antes de la primera batalla en Edgehill. Lo más llamativo es la importancia que da a los Lores sobre los Comunes dentro de la causa parlamentaria. Adamson quiere contrarrestar

¹ John Adamson, *The Noble Revolt. The Overthrow of Charles I*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 2007, 768 pp.

las interpretaciones liberales y marxistas de la aristocracia como «un elemento del *ancien régime*, decadente y en gran parte empobrecido, que estaba a punto de ser erradicado por la creciente marea del radicalismo burgués». Por otra parte, a la alta burguesía la deja expirar por falta de atención. El resultado final es imbuir a la Guerra Civil del espíritu –si no de la forma– de rebeliones baroniles de antaño. Alabado por la prensa conservadora, Adamson parece la creciente esperanza de los duros e inflexibles *tories*. Tiene buen ojo para el ceremonial de la corte, un equivalente de cristal para las cuestiones económicas o sociales. Sin embargo, las implicaciones de su relato no son totalmente retrógradas.

El título del libro se refiere a una conspiración dirigida por los nobles, que según sostiene Adamson fácilmente podía haber precipitado un conflicto prematuro de menor alcance. Describe cómo una pequeña banda de parlamentarios rebeldes se aprovecharon de los levantamientos en Escocia, y más tarde en Irlanda, para obligar al rey a renunciar a sus prerrogativas reales. Los espíritus que se encontraban detrás de la agrupación bicameral predominante, el *«Junto»*, no eran John Pym o John Hampden, sino sus aristocráticos patrocinadores: Robert Rich, segundo conde de Warwick, un terrateniente puritano con intereses en las actividades de corso antiespañolas, en la colonización y en el desarrollo de plantaciones en el Caribe y las Américas, bien relacionado con los radicales de Londres a través de socios de negocios en la City; y Francis Russell, cuarto conde de Bedford, un miembro del círculo interno de la corte y promotor inmobiliario enormemente rico, responsable de proyectos en diversos condados para ganar terrenos a las aguas y de la remodelación de Covent Garden. Rich era el más extremista de los dos, presionando aparentemente por un republicanismo *de facto* en forma de una oligarquía aristocrática, mientras buscaba puestos para su amplia familia, su hermano Holland, su primo Essex y su yerno Mandeville. Adamson acertadamente describe el *Junto* como «uno de los cárteles de primos carnales más endogámicos desde la Conquista».

Cada capítulo de *The Noble Revolt* abarca un periodo de dos o tres meses, y se llena de conspiraciones en el *Junto* y autodestructivas contraconjuras monárquicas. Adamson empieza en el centro de los acontecimientos, en mayo de 1640 con la reunión mañanera del Consejo Privado donde Carlos, después de su fracaso para obtener fondos para una renovación de las hostilidades contra los escoceses, anuncia su intención de librarse del Parlamento. Esto se producía el mismo día en que el rey ordenaba la búsqueda y el arresto –aunque no encarcelamiento– de diversos disidentes de Westminster por supuesta conspiración con el enemigo. Aunque no tenía pruebas, sus sospechas no carecían de fundamento. Adamson examina la correspondencia en la que Warwick y Bedford invitan ilegalmente a sus amigos *covenanters* al norte de la frontera a preparar una incursión. Iban a forzar al rey a pactar. Parece que el ejército rebelde escocés, junto a los regimientos realistas que pudieran amotinarse, dieron a Warwick, Bedford y demás firmantes de la Petición de los Doce una primera opción militar. Adamson señala «por primera vez desde la rebelión contra Ricardo III en 1485, había

sobre suelo inglés partidos rivales, cada uno de ellos con recursos militares a gran escala a los que recurrir». Si Carlos no hubiera cedido terreno, bien se podía haber desatado el enfrentamiento. Sin tener que desviar la atención hacia cualquier clase de agitación en los condados, en este punto, *The Noble Revolt* encuentra una manera de eludir el argumento de Conrad Russell de que la respetable estabilidad de la sociedad inglesa, lenta para romperse, excluyó durante mucho tiempo un recurso a las armas. Adamson enfatiza que

semejante conflicto no requería realmente que fuerzas rivales, ideológicamente opuestas, estuvieran armadas y listas en cada condado de Inglaterra. Como mínimo, todo lo que necesitaba una guerra civil era que entre los ciudadanos hubiera dos partidos rivales, cada uno con recurso a una considerable fuerza de hombres armados, y cada uno con la voluntad de recurrir a la violencia para alcanzar sus objetivos políticos. En estos términos concretos, a finales del verano de 1640 Inglaterra parece haber estado preparada, o peligrosamente cerca, de una guerra civil.

El Parlamento Largo se reunió en noviembre de ese año, y está presente desde el tercer capítulo de *The Noble Revolt* hasta su conclusión. Adamson entiende sus medidas ante todo como evidencia de las maniobras del *Junto*, señalando cómo se aprovecharon de sesiones somnolientas y con poca asistencia para aprobar medidas polémicas. Rápidamente tomaron el control de la negociación del tratado con los escoceses, cortaron los ingresos reales e impugnaron al conde de Strafford, «el gran incendiario» y principal exponente de las prerrogativas del gobierno en su calidad de Lord Lieutenant de Irlanda. Adamson ofrece un relato claro de las negociaciones que se produjeron. Deduce que el rey y el *Junto* habían alcanzado un pacto: los disidentes suspenderían las propuestas para una reforma «de raíz» de la Iglesia de Inglaterra. A su vez, Carlos daría su aprobación a una legislación que establecía un intervalo máximo de tres años entre las reuniones del Parlamento, una barrera al perpetuo Gobierno Personal. El *Root and Branch Debate* del 7 y 8 de febrero, en el que Gardiner y Russell encuentran una «alineación de partido» de futuros realistas y parlamentarios, aquí es un tema más sutil; votar por enviar peticiones evangélicas a la consideración de un comité no indicaba necesariamente apoyo para la abolición de los obispos. El comité era proepiscopal y estaba formado por personas colocadas por el *Junto*. Simplemente escogería a su gusto las propuestas más apetecibles. Solamente una semana antes de que el Acta Trienal fuera presentada al rey, la intención de Pym y de Hampden, ambos reservándose durante el *Debate*, no era perseguir la reforma de raíz sino enterrarla. Después de haberse asegurado los meses anteriores el control parlamentario de los privilegios recaudatorios, parecía que el *Junto* había «comerciado» con sus hermanos escoceses a cambio de otro elemento del poder real. Adamson con grandilocuencia concluye que «quizá desde que el rey Juan se rindiera a sus barones en Runnymede, ningún monarca inglés había admitido una disminución tan grande de sus poderes como soberano».

The Noble Revolt no se hace eco por completo de la extravagante afirmación de Trevelyan de que el juicio de Strafford, que empezó en marzo de 1641, fue «insuperable, por su interés histórico y humano, en los anales políticos de cualquier época o lugar». Sin embargo dedica tres capítulos completos al tema, una actuación pública con capacidad para 1.000 asistentes en Westminster Hall. Como tiene por costumbre, Adamson presta la mayor atención al diseño del escenario, la novedosa inclusión de Comunes en el tribunal, sentados por encima de las apiñadas filas de los pares; Carlos desterrado de su trono y medio escondido por una cortina. Adamson señala:

Aquí estaba el Leviatán, el Estado como amalgama abstracta de la mayoría; una imagen representativa de la «mancomunidad», en la que el rey se ha convertido en una no persona constitucional, representada por una silla vacía.

Asistimos a la consumada actuación de Strafford como su propio consejero defensor, a la caótica elaboración de la acusación por Pym y, finalmente, al «virtuoso despliegue de oratoria forense» de Oliver St. John, el consejero de Bedford, que puso el juicio en contra de los acusados. Adamson reconoce esta brillante comparecencia de St. John como «uno del puñado de discursos políticos de la década de 1640 del que realmente se puede decir que cambió el curso de los acontecimientos». Fue directamente en contra de los deseos de su patrocinador: Bedford enfermó falleciendo pocos días después y dejó libre el campo para los duros del *Junto*. Adamson recalca cómo el propio Carlos llevó la fatalidad sobre Strafford con su frustrado intento de liberar al prisionero de la Torre, que presagiaba medidas duras de los realistas. Este intento fue suficiente para convencer a los indecisos:

Ejecutar a Strafford apareció como un medio de privar al rey de uno de los generales que, si se le permitía reunirse con el ejército, poseía tanto la firmeza como la popularidad requerida dentro de las tropas como para conducir las contra el Parlamento.

Con el rey y el Parlamento en desacuerdo, Adamson expone cómo ambos buscaron el importante favor militar de los escoceses. Seguimos a Carlos al norte hacia Edimburgo en agosto de 1641, donde su intento de arrestar a los líderes *covenanters*, el infame «incidente» de Holyrood, acabó abruptamente en un espectáculo de reconciliación que durante un tiempo preocupó seriamente a los espectadores ingleses. Adamson interpreta el ambiente puritano de Westminster en estos meses de verano como un esfuerzo compensatorio para aplacar a los hombres de Argyll; las ordenanzas de los Comunes contra «las imágenes supersticiosas y las innovaciones religiosas» no eran oleadas de iconoclasia, sino más bien de «piedad política»; los renovados llamamientos a favor de reformas de raíz eran simplemente «un tranquilizador zumbido de fondo de buenas intenciones piadosas».

The Noble Revolt dedica aquí un capítulo a la «contrarrevolución y revuelta», un aparente cambio de marea en contra del *Junto*. Dudando de sus aliados escoceses, acusados en casa de oligarcas, por los elevados impuestos y por

los alborotos puritanos, el *Junto* también temía por Irlanda, en rebelión desde octubre. En este punto, la perspectiva de los tres reinos de Adamson excepcionalmente pone en evidencia los problemas que suponen para los barones parlamentarios, más que para un monarca Estuardo que estaba perdiendo lealtades en los tres. Pero su atención regresa pronto a Londres. *The Noble Revolt* detalla cómo el *Junto* manipuló a su favor las noticias del golpe de Edimburgo y de la sublevación en Irlanda, urgiendo al Parlamento para que despojara al rey del control de los nombramientos militares. Aún así, su situación seguía siendo precaria: la Cámara Alta entregada al partido del rey, la Cámara Baja tomando rápidamente el mismo camino. Con la Great Remonstrance [Gran Amonestación], esa *summa* populista del desgobierno carolino publicada a finales de noviembre, el *Junto* jugó su última carta. Desde aquí hasta el final de las navidades reinó la contingencia.

Adamson de hecho tiene poco que decir sobre las conspiraciones del *Junto* en el capítulo final. Más bien son los traspies monárquicos los que lanzaron a ambos lados hacia el precipicio. Carlos aparece envalentonado después de un regreso a Londres, curiosamente festivo, organizado por el comprensivo Lord Mayor, a quien Adamson describe con cierta extensión. Sin embargo de nuevo el asalto del rey sobre la Torre alarmó innecesariamente a una ciudadanía al alcance de sus cañones: Carlos los había puesto bajo las ordenes del Cavalier Thomas Lunsford, «mordaz, arrogante y con reputación de violento», un paso que Adamson juzga «equivalente a una declaración de que el rey estaba resuelto a utilizar la fuerza contra el Parlamento». El Intento de los Cinco Miembros parecía confirmarlo. De acuerdo con Adamson, Carlos simplemente quería interrumpir las actividades del Parlamento hasta la llegada de diputados realistas ausentes; «el proyecto estaba más enfocado a obtener una ventaja táctica sobre los dirigentes del *Junto* que a eliminar sus cabezas». Pero su plan para actuar constitucionalmente con el arresto de personal del *Junto* fue desbordado por una impulsiva decisión de descender sobre los Comunes e intentar detener a los propios conspiradores. Adamson coincide con Gardiner en que la reina María Enriqueta estaba detrás de ese paso fatal, aunque considera el relato que hace de la escena —«Ve, cobarde, y saca a estos granujas de las orejas»— como «demasiado colorista para ser completamente cierto». Finalmente, Adamson culpa al rey por fracasar a la hora de elegir entre la coacción y la conciliación, «prácticamente garantizando de esta manera el fracaso de ambas». Resulta casi el mismo veredicto de Gardiner sobre ese «hombre vacilante». Adamson finaliza con la salida de Carlos de una capital hostil el 10 de enero de 1642.

El epílogo proporciona una comparación aproximada de las conclusiones de *The Noble Revolt* con las de los archirreversionistas. Mientras Russell pensó que el Parlamento reaccionó caprichosamente a una crisis cada vez más profunda, Adamson encuentra al menos «una cierta consistencia de programa». En contra de John Morrill, mantiene que el conflicto produjo una inquietud constitucional, no eclesiástica. El *Junto* quería poder político antes de emprender ninguna nueva reforma de la religión, a pesar de las inclinaciones evangélicas de no pocos de sus miembros. Adamson agota sus argu-

mentos sobre este punto, concediendo de manera insulsa que el conflicto «no fue una simple guerra de barones». Al fin y al cabo, la retórica parlamentaria era ecléctica, recurriendo tanto a los antiguos y a la tiranía en Roma, como a las aventuras medievales de De Monfort y similares. Pero la advertencia llega bastante tarde; lo que evoca precisamente *The Noble Revolt* es una guerra de barones. Aunque Adamson se abstiene de cualquier intento de anticipar el siguiente volumen, hay señales de que continuará el tema baroniano. En trabajos anteriores ha presentado la fase inicial de la guerra, desde 1642 a 1644, como una protesta neofeudal; una rebelión esencialmente aristocrática dirigida por Essex, imbuida de códigos de caballería y dirigida a restaurar los grandes cargos medievales del Estado. Tampoco la influencia de los Lores sobre el esfuerzo de la guerra decae con las reformas militares de 1645. Considera que la Ordenanza Autoexcluyente, retirando el mando militar a los miembros del Parlamento, fue una artimaña de pares envidiosos para derrocar al Capitán General, que no evitó la recuperación del Almirantazgo por Warwick. En la mente de Adamson, la longevidad del mando de la aristocracia llega a su abrupta terminación con el final revolucionario, «aún más escandaloso», de 1648-1649. Desde luego puede revisar estas opiniones; ya considera que el prototipo de argumento sobre «el contexto baroniano de la Guerra Civil Inglesa», escrito a sus veintitantos años y presentado a la Royal Historical Society en 1989, «podría haberse realizado con mayor refinamiento». Pero encaja con esta última historia bastante bien.

Aunque en *The Noble Revolt* Adamson restringe mayormente la investigación historiográfica al entorno revisionista, su introducción a *The English Civil War. Conflict and Contexts* se aventura más allá. A Gardiner lo encuentra profético: las narrativas interrelacionadas de Inglaterra, Escocia e Irlanda, el énfasis sobre la controversia religiosa y una adecuada cobertura del partido del rey, temas oscurecidos durante la supremacía estructuralista, estaban ahora felizmente recobrados. Según parece, los devotos weberianos y marxistas habían descuidado equivocadamente «elementos retrógrados» del conflicto: la monarquía, la Cámara de los Lores y la Iglesia laudiana. Los efectos distorsionadores de las teorías de la modernización, sobre lo que Gardiner comparte alguna culpabilidad, y el tiempo perdido en los intentos de correlacionar clase con opinión política, fueron blancos apropiados para el revisionismo, «un movimiento nacido no de la ideología sino de la irritación». Ciertamente, el panorama contemporáneo no implica la simple emancipación o reconfiguración de la alta política; Adamson también tiene que tomar nota del creciente interés por la cultura impresa de la era de los Estuardo. Pero mantiene la esperanza de que ello también dirija la atención al «muy abandonado» Londres, el centro de las publicaciones y del politikeo. Piensa que una nueva síntesis narrativa está al llegar. Un breve reconocimiento independiente mostrará este optimismo fuera de lugar.

El único trabajo reciente comparable a *The Noble Revolt*, es *Britain in Revolution* (2002), de Austin Woolrych, una historia en un solo volumen, bien diseñada, comedida de tono, que hace hincapié en los rumores y desconfinanzas parlamentarios. Pero la proximidad de la publicación puede ser en-

gañosa. Woolrych realizó *Britain in Revolution* ya jubilado; Adamson es un par de generaciones más joven. Este último dibuja una figura quizá deliberadamente anacrónica. Sus colegas académicos han evitado en general la competencia directa con Russell, Morrill *et al.*, dirigiéndose hacia otras líneas de producción. Algunos afirman simplemente estar cansados de la causalidad. Felicity Heal y Clive Holmes abren *The Gentry in England and Wales* (1994), con la promesa de no ofrecer «otra explicación de por qué se produjo la Guerra Civil». En vez de ello tratan «de la experiencia de ser un señor o una señora».

Desde entonces los estudios culturales han dado paso, en esta área, a una tardía llegada de un giro lingüístico, facilitado en parte por la digitalización y en consecuencia por la mayor disponibilidad de materiales básicos. Dirigido a una política popular, da una impresión acumulativa de desorden social. La obra de Michael Braddick, *God's Fury, England's Fire* (2008), pretende «capturar la ansiedad y el trauma de la Guerra Civil, la pluralidad de respuestas y la creativa confusión a la que dio lugar», salpicando una narrativa, por otra parte realmente convencional, con extensas citas de obras contemporáneas. Con la misma inspiración, la obra de David Cressy, *England on Edge* (2006), investiga la masiva confusión en vísperas de la guerra, que de manera decepcionante queda reducida a «un miedo o terror ampliamente experimentado sobre los peligros que se avecinaban y el cataclismo que estaba a la vuelta de la esquina». Sin embargo, sus consecuencias no entran en el tema. Cressy pide mayor preocupación por «cómo se desarrolló la Revolución inglesa que por lo que condujo a ella». Sugiere que su «verdadero significado» hay que buscarlo en «los procesos, los medios de comunicación y las conversaciones recuperadas». Señalando que «las cadenas de conexiones futuras no están siempre claras», Cressy se contenta con ignorar la trayectoria histórica de la política inglesa y de los conflictos producidos en ella. Uno debe concluir que la Guerra Civil Inglesa se ha convertido rápidamente en un reducto posmoderno, mientras el revisionismo concluía en desinterés y despreocupación.

Sin embargo, esto puede no preocupar demasiado a Adamson. Su trabajo sugiere una cierta solidez de carácter, fijeza de propósito. Ha pasado toda su carrera moviéndose mañosamente por el *ancien régime*, empezando con una tesis doctoral sobre «La nobleza en la política, 1645-1649». En los años noventa editó una colección sobre las espléndidas cortes europeas, en la que defendía su emancipación de la «teleología absolutista y del desdén partidista», señalando al mismo tiempo la tenacidad de los cortesanos aristócratas en los suntuosos palacios de reyes orgullosos. Como un buen consejero se mantiene cerca de sus temas y maneja con astucia sus secretos. Hay temas que esta ostra de la vieja escuela simplemente no abrirá.

Uno de ellos es el sorprendente grado en que *The Noble Revolt* coincide con *Merchants and Revolution* (1993), la obra basada en la clase de Robert Brenner tanto en *dramatis personae* como en argumento. Como Adamson, Brenner representa una oposición «encabezada por grandes aristócratas» y «apoyada

por los mercaderes colonialistas en las Américas», estando esta alianza engrasada por una larga relación fraguada en aventuras comerciales. Ambos señalan que Warwick tenía incomparables contactos entre armadores e inversores que pusieron en marcha una campaña similar en la City y reforzaron el Parlamento con reservas populistas. Desde luego hay diferencias. Adamson mantiene a los radicales londinenses bajo estrecho control: no puede probar cómo el *Junto* «orquestó» a la multitud, pero piensa que las extendidas sospechas sobre ello «plantean la legítima cuestión de si podía haber tanto humo sin que hubiera fuego». Recalca el sentimiento puritano sobre el radicalismo ciudadano. Brenner, por otra parte, bucea más en el estrato de masas, estableciendo la división económica entre los nuevos mercaderes y las compañías homólogas que operaban en el Este con licencia real. Desde su perspectiva, el Parlamento estuvo muy presionado para contener el movimiento popular. Sin embargo, estas son narrativas inesperadamente complementarias.

Este es un tema delicado para Adamson. Cita *Merchants and Revolution* en uno o dos puntos objetivos, pero no está preocupado por discutir la cuestión más allá. A primera vista, esta combinación de terratenientes capitalistas y comerciantes del Nuevo Mundo parece tener una sencilla racionalidad económica. El bloque comprendía a los elementos excluidos y mal atendidos por las prácticas comerciales restrictivas y la política comercial proespañola de la Corona, que alentaba un pacto sobredeterminado por la afinidad evangélica. A través del Parlamento consiguió la autorización oficial para sus intereses concretos —el plan de 1641 para las Indias Occidentales es un ejemplo— y la reforma política para resguardarse de la reincidencia realista. Sin embargo, Adamson no puede estar de acuerdo. Sustituye esta neta lógica de clases por un idealismo soso y de larga data. El *Junto* estaba reaccionando contra el desgobierno monárquico; buscaba «un ordenamiento político para el futuro que estuviera a prueba de las locuras y caprichos de los reyes», guiado por confusas nociones de una «piadosa mancomunidad». Sólo ocasionalmente *The Noble Revolt* da una inclinación práctica a semejante altruismo, como cuando señala que los proyectos de desarrollo urbano de Bedford «explican parcialmente» su «necesidad de mantener por lo menos relaciones operativas con la Corte». En otros sitios, Adamson recurre al puritanismo, tanto para entender los vínculos del *Junto* con la City como la reacción realista que hasta cierto punto provocaban esas conexiones, ayudando a Warwick a levantar a la multitud. Afirma que las clases terratenientes se fracturaron sobre una iconoclasia caóticamente puesta en práctica, a pesar de la disminución de la diferencia religiosa —la Guerra de Religión— como variable explicativa en su declaración de cierre.

Si Adamson fuera más fiel a su propio relato, no tan reacio ideológicamente o mal equipado conceptualmente, podría considerar los apoyos estructurales de su cuidadosamente escenificado drama. Es sorprendente que las carteras de inversiones sin precedentes de los magnates del *Junto* no dieran a Adamson mayor perspectiva sobre su comportamiento político de lo que hace su elección de ropa, por ejemplo el atavío cortesano del camaleóni-

co Bedford. Adamson es consciente de que sus arrogantes disidentes estaban transformando sus patrimonios en casa al mismo tiempo que expandían sus intereses comerciales en el extranjero. Parece que ha leído a Brenner, y por ello tiene cierta familiaridad con sus argumentos relativos no solo a la política de los comerciantes en la *City*, sino a la transformación capitalista en el campo, un proceso que dejó a una monarquía empobrecida a la intemperie con sus dominios empeñados. La reducida dependencia de los cargos e incentivos de la Corte dieron a las clases terratenientes una hostilidad sin ambivalencias hacia los impuestos arbitrarios y a otras formas de depredación de las prerrogativas. Dejó a los Estuardo proporcionalmente faltos de recursos y propensos a cometer errores al intentar emular a sus homólogos absolutistas del continente. Estas son circunstancias que deben plantear las preguntas –por integridad investigadora– sobre si las repercusiones socioeconómicas abrieron la grieta entre rey y Parlamento y redujeron las posibilidades de cerrarla.

Evidentemente es difícil integrar estas tendencias a largo plazo en una narrativa política cerrada; en *Merchants and Revolution*, Brenner se vio obligado a añadir un ensayo interpretativo como epílogo para ocuparse más adecuadamente de estos asuntos. Reconocer su existencia subraya el hecho, suficientemente evidente, de que una narrativa de acontecimientos que llevan a la Guerra Civil Inglesa debería empezar antes de 1640. Woolrych por lo menos comenzó en 1625; Gardiner en 1603. Cualquier relato exhaustivo tendría que cubrir la jurisprudencia y peticiones de las décadas de 1620 y 1630 –esos «mojones» en la crisis institucional, como los describía Stone–, a través de las cuales las clases terratenientes exploraron colectivamente las fronteras del gobierno tolerable. Estos diseños para la salvaguardia de personas y posesiones, escasamente mencionados en *The Noble Revolt*, fueron asumidos por el Parlamento Largo. Sugieren preocupaciones más extendidas entre el elemento de la propiedad de lo que transmite el planteamiento de Adamson sobre un puñado de miembros del Parlamento, por muy influyentes que fueran. De hecho Adamson es, a su manera, tan culpable como Gardiner de exagerar el papel de sus protagonistas preferidos. Reprende a su victoriano predecesor por hacer de Pym «el autor de acciones en ausencia de cualquier evidencia directa que justifique esa atribución», y, sin embargo, hace el mismo favor con los nobles de la casa de Warwick.

The Noble Revolt puede proporcionar una actualización probadamente conservadora a la liberal *History* de Gardiner. Con una buena prosa y una forma de expresarse aceptable, se mueve entre la tragedia de la venganza y la conspiración puritana para explicar el desmoronamiento de 1642. Sin embargo, su descripción de la oposición constitucional como una combinación de aristócratas capitalistas e incipientes burgueses, los primeros al mando, anticipa la formación política alrededor de un gran pacto de la futura historia de Inglaterra: las Leyes de Navegación, la expansión colonial, la revolución comercial, la Cábala. Aquí hay material, inadvertidamente proporcionado, para una nueva interpretación social de la Guerra Civil Inglesa, con

una autotransformada clase terrateniente como su fuerza. Semejante historia, desde luego, necesita un método de insertar las dinámicas de clase en la intriga narrativa a corto plazo. Brenner señaló el camino. Adamson con seguridad no ha querido seguirlo, pero vale la pena esperar el resultado de las futuras entregas.